

LA APARICION DEL CAPITALISMO: ¿NECESIDAD O MILAGRO?

1. Introducción

La sociología histórica salva una distinción convencional entre los sociólogos, que generalizan, y los historiadores, que investigan acontecimientos y procesos únicos. Por este motivo la sociología histórica es una línea de investigación que tiene un gran porvenir, puesto que parece ser la manera de convertir los estudios históricos en una verdadera ciencia teórica (otro camino muy prometedor puede ser la Nueva Historia Económica de los Estados Unidos — véase Jan Pomorski, 1985).

Los problemas relacionados con la aparición del capitalismo constituyen uno de los principales campos de investigación de la sociología histórica. El libro de Robert J. Holton publicado recientemente bajo el título *The Transition from Feudalism to Capitalism* («La transición del feudalismo al capitalismo» (Holton, 1985) es un resumen crítico del estado actual de la investigación en este campo, y por lo tanto lo trataremos como punto de partida para otras consideraciones.

Holton analizó varios planteamientos teóricos del problema de la aparición del capitalismo para luego cotejarlos con datos históricos, y propuso una imagen del crecimiento del capitalismo, no del todo original pero sí significativamente modificada.

2. La concepción de Robert J. Holton de la transición hacia el capitalismo.

La primera parte del libro comienza con unas consideraciones acerca de los conceptos del «feudalismo» y «capitalismo». El autor habla de los orígenes de ambos y de los cambios en la amplitud de sus significados según sus funciones. A continuación critica la concepción del feudalismo que aplica este término a prácticamente todas las sociedades no-esclavistas que se basaban en la agricultura y existían antes del surgimiento del capitalismo. En cambio, propone una interpretación más restringida como un término que designa fielmente la configuración específica de instituciones legales, militares y políticas que eran típicas de la Europa medieval (y quizás del Japón), pero no necesariamente presentes en otras partes del globo. Como resultado de esto, la transición del feudalismo al capitalismo es tratada como uno de los múltiples modos de cambio social y no como un proceso monolineal universal.

Las consideraciones en torno al concepto del «capitalismo» demuestran que Holton se da cuenta de que la adopción de un significado, y no otro, del término (es decir, el reconocimiento de unas características y no otras como decisivas y constitutivas de la clase de sociedad definida) influye en cierto modo

en la selección de supuestos teóricos dentro de cuyo ámbito se ha de proseguir con el análisis de los procesos implicados en la aparición del capitalismo.

Los restantes capítulos de la primera parte del libro consisten en la presentación y crítica de tres perspectivas actualmente predominantes en los estudios de la transición al capitalismo, las cuales nacen de las concepciones de Adam Smith, Karl Marx y Max Weber. Holton trata sucesivamente las teorías económicas clásicas y neoclásicas que explican el crecimiento y desarrollo de la sociedad de mercado; las obras de los marxistas occidentales —divididos por Holton en tres tendencias principales (de mercado, clasista y ecléctica)— que explican la aparición del modo capitalista de producción; y la corriente weberiana, que sienta las bases para la explicación del desarrollo de la sociedad racional moderna. Inmediatamente se echa de ver que según cada una de estas tradiciones el origen del capitalismo se explica como resultado del desarrollo de un conjunto diferente de características de las sociedades modernas; cada una de las tradiciones posee un aparato teórico distinto.

El autor levanta serios reparos a cada una de estas perspectivas de investigación. Hay que señalar que mientras las primeras dos tendencias están representadas sobre todo por interpretaciones contemporáneas, la tercera está representada principalmente por las obras de su fundador. Y es la tercera la que menos se ve alcanzada por las críticas de Holton. Sin embargo, varias objeciones afectan a cada una de las perspectivas.

La razón de ello es que los tres parten del supuesto —insostenible, en opinión de Holton— de que las sociedades se desarrollan necesariamente de manera evolutiva, es decir, en varias etapas y con direccionalidad. Esta premisa está relacionada con la tendencia a identificar un solo factor como principal impulsor. Estos factores son, para las respectivas teorías:

- 1) los impulsos inexorables del hombre económico racional y/o la tendencia del mercado a desarrollarse.
- 2) La expansión de las fuerzas de producción y/o la lucha de clases.
- 3) la marcha fatídica de la racionalización.

Sin embargo, según Holton ninguna de las exploraciones históricas corrobora la opinión de que la aparición del capitalismo pueda explicarse por un determinante causal uniforme (Holton 1955, p.145). Además, cada una de las perspectivas arriba mencionadas deja fuera del campo de interés del investigador esferas enteras de la vida social que tienen implicaciones esenciales para la comprensión del origen del capitalismo. El punto débil que tienen en común las teorías económicas y el marxismo es su infravaloración (y la consiguiente falta de

LA APARICION DEL CAPITALISMO: ¿NECESIDAD O MILAGRO?

categorías sofisticadas) del papel desempeñado por el estado, la religión y factores culturales en el crecimiento económico. Al mismo tiempo, aún no se ha comprobado empíricamente la tesis weberiana de que el crecimiento del capitalismo moderno se deba en gran parte a cambios esenciales producidos dentro de la consciencia social.

A continuación, el autor presenta su propia opción teórica. En su opinión, aunque a la luz de la investigación empírica moderna las tesis históricas particulares de Weber han perdido gran parte de su vigencia, las premisas metodológicas generales de su concepción son todavía productivas. Adaptándose un poco a las consideraciones de Holton, estas premisas pueden presentarse de la manera siguiente:

- 1) El rechazo de una teoría general del cambio social.
- 2) El rechazo de la búsqueda de un «principal impulsor».
- 3) La adopción de una perspectiva de pluralismo causal.
- 4) El esfuerzo para establecer conjunciones individuales de relaciones causales.
- 5) La realización de estudios comparativos.
- 6) Centrar la atención sobre el papel desempeñado por los fenómenos políticos, legales y culturales.
- 7) Estudios sobre la religión en el amplio contexto de los fenómenos y procesos sociales.
- 8) Buscar las condiciones que posibilitaron la aparición del capitalismo, en lugar de intentar explicar el capitalismo como una especie de necesidad evolutiva.

Seguindo a Holton, hemos de señalar una cierta incoherencia en la actitud de Weber respecto a las premisas anteriormente citadas. Mientras que, debido a su epistemología neokantiana, rechaza cualquier sentido de necesidad u orden inmanente en la historia, observamos al mismo tiempo que la parte más sustanciosa de su obra se organiza «en torno al problema, muy relevante desde el punto de vista cultural, de la 'racionalización' como destino histórico de la humanidad* — lo que implica, claro está, una aceptación del planteamiento «evolucionista» (Holton 1985, p.220).

En el resumen de la primera parte del libro se dice que Weber acertó plenamente al afirmar que lo que impidió la propagación del capitalismo moderno fuera de los países occidentales no fue el nivel bajo de desarrollo del mercado, del capital y de la tecnología, ni la escasez de fuerza de trabajo, sino las inhibiciones y las resistencias políticas y culturales (p.142).

La segunda parte de la obra de Holton, titulada «Hacia una explicación de la transición al capitalismo en Europa*», es una presentación de la visión personal del autor. En el capítulo primero —«El lugar del feudalismo en la transición al capitalismo,+ Holton plantea el problema de encontrar las causas de

las transformaciones a largo plazo tanto de las relaciones de producción, identificadas por Marx, como de las formaciones culturales, descritas por Weber. Esta distinción es consecuencia de la concepción del autor, que excluye la posibilidad de la total reducción explicatoria de por lo menos algunos fenómenos de la superestructura (p.ej. transformaciones de la estructura del estado, la evolución de la religión, etc.) hasta procesos económicos que en el sentido determinante son más importantes (cfr. Kmita 1984).

Según Holton, la investigación histórica no confirma la hipótesis de que el crecimiento del capitalismo fuera el resultado necesario de la crisis interna del feudalismo. Ni siquiera se corrobora la tesis más floja de que los fenómenos que constituyeron el proceso de la llamada decadencia del feudalismo (la desaparición de la feudalidad, del vasallaje y de la servidumbre) fueran al mismo tiempo los que dieron origen al capitalismo. El autor señala que en países como Inglaterra, Francia u Holanda se observa una separación de varios siglos entre la decadencia de dichas instituciones feudales y la expansión de fenómenos capitalistas como la mano de obra asalariada o el espíritu emprendedor moderno (pág. 158). Es por lo tanto engañoso hablar de la transición europea del feudalismo al capitalismo en cualesquier términos que no sean los puramente cronológicos y descriptivos. Esta falta de conexiones causales entre la dinámica inmanente del feudalismo y la génesis del capitalismo sugiere que merecería la pena fijarnos en las instituciones pre- y posfeudales y el papel que desempeñaron en dicha génesis.

Holton pertenece a aquel grupo —poco numeroso, según dice— de investigadores que han preferido no buscar las fuentes del capitalismo en el período inmediatamente anterior a la revolución industrial, ni en las condiciones que determinaron el crecimiento del sistema de producción en fábrica. Al igual que Jean Baechler (1971), o el marxista inglés Perry Anderson (1974a,b), Holton se fija en determinados elementos culturales heredados de la tradición de la civilización mediterránea y de las tribus germánicas, o relacionados con el Cristianismo occidental. Encuentra que aún antes de que el feudalismo alcanzara un desarrollo total (acontecimiento que sitúa hacia el s.IX), se daban en Europa occidental numerosas condiciones favorables para el desarrollo del capitalismo, entre otras: la ley romana, las ideas sobre la propiedad privada individual o la separación de Iglesia y Estado (pág. 157). Ni todas estas condiciones en su conjunto fueron suficientes para la aparición del capitalismo. En este momento el capitalismo aún no constituía una necesidad histórica.

Dicha necesidad solamente se presentó en el momento en

que los elementos arriba mencionados se unieron a determinados fenómenos posfeudales. De éstos dos fueron cruciales: la centralización política que se dio bajo distintas formas dentro de los estados nacionales, y la aparición del capitalismo agrario (pág. 170). La centralización del estado favoreció la expansión del mercado nacional y la protección del comercio con el exterior, mientras que el capitalismo agrario precedió al proceso de la industrialización — en realidad constituyó la base para dicho proceso. Desde este punto de vista, la burguesía no se perfila como la clase social decisiva para la aparición del capitalismo. La mirada se centra en los grupos sociales que constituyen el aparato del estado, en la burocracia y en las clases hacendadas (cfr. pp. 190-191). En relación con esto el autor llama nuestra atención sobre las investigaciones del historiador inglés Lawrence Stone, quien afirma que los capitalistas mercantiles y financieros de la Inglaterra del S.XVI fueron a menudo menos activos y más conservadores que la nobleza hacendada (pág. 199). Por cierto, a la luz de la concepción de Holton convendría reconsiderar una vez más el planteamiento de Jerzy Topolski quien, veinte años antes, ya había formulado la tesis de que «el factor principal que desencadenó los procesos de acumulación primaria debe de buscarse fundamentalmente en las actividades de la nobleza. (Topolski 1965, p.179).

La importancia central del desarrollo de la producción agrícola para la transición al capitalismo entre 1500 y 1750 en Inglaterra es ilustrada por Holton en conexión con cuatro fenómenos económicos: el suministro de alimentos, la disponibilidad de la fuerza de trabajo, la población rural como mercado para artículos traídos de fuera, y el crecimiento del capital. Holton se opone rotundamente a los planteamientos que atribuyen a las ciudades un excesivo protagonismo en el proceso de la génesis del capitalismo (dedicó su siguiente libro a la crítica de dicha postura: 1986).

El autor prestaría su apoyo a la tesis de que fue una combinación específica de condiciones políticas y agrícolas la que determinó la transición pionera británica hacia el capitalismo. La validez de esta tesis se demuestra mediante (entre otras cosas) la comparación del tramado de relaciones entre propietarios y terratenientes en Inglaterra, Francia, Holanda y Prusia.

Holton dedica alguna atención a las condiciones políticas, y pregunta por qué el capitalismo no apareció en civilizaciones tales como la china o la islámica, en las que también ocurrió la centralización política. En respuesta, mantiene no sólo que sin el capitalismo agrario la centralización política no podía conducir a la aparición del capitalismo, sino también

que la centralización política de los países occidentales era en muchos aspectos diferente de la de los países orientales. Dos puntos son cruciales aquí: 1) en la Europa occidental el estado no dificultaba la vida económica tanto como para restringir las actividades de los terratenientes, comerciantes o fabricantes, pues incluso en los estados absolutos el alcance del control era limitado en comparación con lo que ocurría en los imperios orientales; y 2) los estados centralizados, que aparecieron a principios de los tiempos modernos, no llegaron a ser imperios con dominio absoluto sobre otros estados. Esta pluralidad de estados, según Holton, no sólo frenó la tendencia hacia la interferencia política en los negocios privados, sino que facilitó también el flujo de ideas, trabajo y recursos entre varios estados en beneficio del crecimiento económico (cfr. J.A. Hall 1985a: p.189).

Así es que en Inglaterra y otros países europeos el capitalismo nació como resultado del acaecimiento simultáneo de diversas condiciones externas e internas.

Al final de su libro Holton observa — empleando el lenguaje de Kuhn — que en los últimos tiempos la teoría del cambio social ha superado la etapa de «ciencia normal» en la que había un acuerdo fundamental sobre la validez del paradigma evolucionista. Sin embargo, no se ha aceptado ningún otro paradigma. La propagación de planteamientos «multilineales», «neo-evolucionistas», «difusionistas», «contingentistas», «coyunturales» y «narrativos» del estudio del cambio social parece poner en evidencia la crisis, la incertidumbre de la posibilidad de cristalizar la investigación en el campo del cambio social en torno a alguna otra conceptualización general (pág.219).

3. «El milagro europeo.» — La aparición del capitalismo como resultado de una conjunción accidental de causas

¿Cuál es la importancia del libro de Holton para los estudios sobre la génesis del capitalismo? ¿Las críticas presentadas en el libro revelan, en las teorías existentes, debilidades que habían pasado inadvertidas hasta ahora? ¿Se basa el planteamiento del autor en una formulación radicalmente nueva del problema? ¿Arroja luz sobre procesos y fenómenos cuya importancia para la aparición del capitalismo no se había percibido?

El trabajo presentado aporta un resumen y análisis sin duda valiosos del estado actual de la investigación, así como una clara ordenación de numerosas cuestiones. Sin embargo, cuando se confronta con otros estudios publicados recientemente, resulta ser más bien típico. John R. Hall, por ejemplo, en su ensayo analítico dedicado a las teorías existentes sobre la tran-

72 sición del feudalismo al capitalismo, formuló numerosas objeciones que toman la misma dirección (principalmente contra el paradigma evolucionista) que la crítica de Holton, aunque en realidad no conocía el libro de éste (J.R. Hall 1986).

Asimismo los supuestos básicos de la concepción positiva de Holton, según la cual la aparición del capitalismo fue el resultado de una conjunción no repetida e imprevisible de una variedad de condiciones, no resultan de ningún modo únicos en la literatura reciente. En efecto, parece que podemos hablar aquí del brote de un «paradigma» extraño que consiste en contemplar la génesis del capitalismo como un «milagro europeo» (cfr. p.ej. J.A. Hall 1985b: p.142).

E.L. Jones (1981), Daniel Chirot (1985), John A. Hall (1985a,b) y Michael Mann (1986) son algunos de los defensores de este planteamiento. Todos rechazan la interpretación del capitalismo como una etapa natural y necesaria en la evolución social: etapa que surgiría del feudalismo (o de una fase precapitalista de la evolución social, definida en términos diferentes) entendido como un sistema social cuya dinámica inmanente conduce al afloramiento de un sistema nuevo. Estos autores se oponen a la concepción monolineal del proceso histórico según el cual un principal impulsor, de naturaleza fundamental y universal, sería responsable de la transición de sociedades desde etapas inferiores a etapas superiores, y rechazan el que la lógica homogénea de la operación del principal impulsor pueda especificarse en términos teóricos. En cambio, proponen un análisis coyuntural en cuyo marco intentan definir las condiciones imprescindibles para la formación de sociedades caracterizadas por un crecimiento económico autóctono. Es característico que estos investigadores fijen su atención en la importancia de los fenómenos e instituciones prefeudales, especialmente en los no económicos. Realizan sus análisis en marcos de referencia mayores (no sólo en el sentido de estudios comparativos) que los organismos de determinados países o estados. Cada uno de estos autores presenta un escenario diferente para la génesis del capitalismo. Y todos proponen su propio conjunto de condiciones, situadas en épocas distintas, que determinaron el crecimiento del mundo occidental. Sin embargo, están todos de acuerdo en afirmar que el hecho de que dichas condiciones nacieran simultáneamente equivale a un tipo de «milagro», una conjunción única de causas que ocurrió sólo una vez y dio origen al mundo moderno — el mundo en el que el desarrollo se ha convertido en una tendencia objetiva (una regularidad) además de un desafío reconocido conscientemente.

Jones centra sus consideraciones en torno a las condiciones geográficas (o ecológicas, como se han denominado reciente-

mente). Chirot formula su punto de vista de manera ligeramente distinta: «La explicación del crecimiento de Occidente está en una combinación juiciosa de ideas marxistas y weberianas, mezclada con un conocimiento de la geografía. Desde luego que no procede de la aplicación rigurosa de alguna conceptualización teórica o ideológica. (1985: p.193). J.A. Hall parte de un análisis comparativo de cuatro grandes civilizaciones: la china, la india, la islámica y la cristiana, con el fin de demostrar que el desarrollo europeo-occidental se debió al papel específico que desempeñó el Cristianismo occidental (aunque sin necesidad) en el proceso de la formación del sistema de estados nacionales. Mann, a su vez, dice: «Esta conjunción de procesos parcialmente configurados y accidentes parcialmente históricos es lo más aproximado a una teoría global del dinamismo europeo que podemos alcanzar utilizando fuentes históricas de explicación. La ausencia de casos comparables hace improbable que nos aproximemos más utilizando el método comparativo. (1986: p.510).

Puede plantearse la pregunta de si estas concepciones no son simplemente una nueva versión de la teoría de factores. Stanislaw Kowalski dice que en el marco de tal teoría un investigador «asume la validez de una máxima 'denocrática', según la cual todos los factores determinan por igual la naturaleza o el cambio de determinados fenómenos histórico-sociales» (Kozyr-Kowalski, Ladosz 1974: p.147). A título de ejemplo cita la postura de Werner Sombart, quien escribe acerca de la génesis del capitalismo: «Naturalmente actuaron con la misma intensidad miles de circunstancias más a la hora de dar una forma definida a la economía social. El capitalismo moderno no existiría sin el descubrimiento de América y sus minas de plata, sin la invención de la tecnología moderna, o sin las características tribales de las naciones europeas y sus destinos» (Sombart 1913: pp.6-7; citado por Kozyr-Kowalski, Ladosz 1974: p.148).

No obstante, los representantes del enfoque de tipo «milagro europeo» establecen una jerarquía de causas. Holton, por ejemplo, no multiplica las condiciones imprescindibles para la conclusión de la transición al capitalismo, sino que avanza su propia combinación única de factores. Ya hemos mencionado su oposición a la tesis que atribuye al comercio, a las ciudades y a la burguesía el papel decisivo en el proceso de la transición. Sin embargo, las jerarquías de condiciones establecidas por los autores en cuestión son de naturaleza fragmentaria, y no se basan en ninguna concepción global del proceso histórico (p.ej. J.A. Hall, mientras nos proporciona toda una serie de condiciones que cooperaron de manera coherente, y que eran necesarias, para que surgiese el capitalismo, no afir-

ma en ningún momento que juntas forman una condición suficiente).

Esto es así porque dichos autores diidan manifiestamente de la validez de las concepciones generales como base para los estudios históricos. En cambio proponen un programa de eclecticismo (puede verse en la declaración de Chirot citada arriba).

Tampoco es fortuito que J.A. Hall haya construido su concepción haciendo clara referencia a las tres filosofías distintas de la historia, es decir la marxista, la weberiana, y la liberal. Estas filosofías corresponden exactamente a las tres líneas de investigación que Holton distingue como actualmente predominantes. Hall justifica la indispensabilidad de la combinación de estas tres tradiciones señalando la ausencia de un mecanismo económico necesario que desencadene la transición de sociedades de una etapa a otra. Las grandes transformaciones, especialmente las transiciones originales, resultan de una mezcla complicada de factores económicos, ideológicos y políticos (Hall 1985b: pp.5-6). Se puede decir, pues, que la pluralidad de las causas que desembocan en los cambios sociales (y por consiguiente la naturaleza heterogénea de las secuencias de cambios estructurales) justifica el pluralismo (es decir, el eclecticismo) de las perspectivas teóricas.

Ninguno de los autores para quienes el capitalismo es el resultado de una conjunción fortuita de causas trabaja en el marco de la concepción marxista de la historia. Sin embargo, todos conocen y hacen referencia a esta concepción, aunque sólo hasta cierto punto. Opinan que el «paradigma» del milagro europeo es más consecuente con los datos históricos. Mann — como hemos visto — llegó a afirmar que su versión de este planteamiento es lo máximo alcanzable en el campo teórico. Parece, por lo tanto, que nos hallamos ante la última palabra (al menos desde el punto de vista cronológico) de los científicos occidentales que investigan las grandes transformaciones sociales. Este no es, sin embargo, un statu quo que estemos dispuestos a aceptar. En lo que queda del presente texto intentaremos puntualizar algunas premisas metodológicas que acaso nos ayuden a superar el «milagro» como última palabra de la teoría social.

4. El evolucionismo sin teleología como base de un modelo global del proceso histórico.

Vamos a empezar con una pregunta: ¿Por qué, en una explicación histórica donde el explanans presenta una combinación única de procesos y fenómenos históricos, debe excluirse la posibilidad de la referencia a un modelo general aplica-

ble a dicha combinación? (cfr. Kmita 1976: cap.II). Algunos procesos y fenómenos (o combinaciones de éstos) son únicos, debido al conjunto de características (variables) en función de las cuales son especificados (conceptualizados). Una mezcla de fenómenos que desde un punto de vista (p.ej. el de la experiencia social cotidiana) constituyen una combinación única, pueden, en otro sistema de referencia, formar parte de una clase más amplia de transformaciones sociales gobernadas por regularidades.

A un determinado nivel de conceptualización la aparición del capitalismo puede verse como resultado de una combinación heterogénea de ciencias causales propias de las esferas económica, política e ideológica respectivamente. El método comparativo puede, a su vez, resultar inservible debido a que el proceso del crecimiento autónomo del capitalismo tuvo lugar solamente en Europa y una vez en la historia. Sin embargo, si cambiamos el nivel de conceptualización, quizá descubramos que el proceso, que desde algunos puntos de vista es verdaderamente único, sea al mismo tiempo una síntoma de ciertos factores determinantes o regularidades ocultos.

Según Chirot los procesos de modernización (industrialización) de los últimos siglos se desarrollaron en distintos países bajo una variedad de condiciones y en diferentes contextos coyunturales. Por ello afirma que es imposible llegar a conclusiones que hoy serían válidas y que especificarían, por ejemplo, las verdaderas relaciones entre el poder político y la burguesía o las condiciones favorables para la aparición de élites científicas y tecnológicas. «El pasado no es una guía del futuro, ni sirve como base para la creación de una teoría general del comportamiento humano» (Chirot 1985: p.194).

Podríamos coincidir con el autor en que es imposible crear una teoría general capaz de abarcar todos los aspectos de la industrialización (es decir, una que describiese uniformemente todas las condiciones que rodean a todas las industrializaciones). Pensamos, sin embargo, que es posible formular leyes generales que permitan describir algunas de las condiciones que también resultan imprescindibles en las industrializaciones contemporáneas. Dichas leyes definirían, por ejemplo, las condiciones estructurales necesarias (y a veces quizás también suficientes) para la aceleración de la evolución de las fuerzas productoras, o para determinados tipos de transformaciones de las relaciones de producción. Asimismo describirían el papel desempeñado por la ley (y por el estado) en tales transformaciones, y los cambios en el sistema de valores necesarios para la propagación de actitudes innovadoras.

En nuestra opinión muchas de las explicaciones históricas coyunturales (aunque no todas) podrían convertirse en teóri-

LA APARICION DEL CAPITALISMO: ¿NECESIDAD O MILAGRO?

cas si se cambiase el nivel de análisis. Cuando J.A. Hall escribe sobre la importancia del Cristianismo occidental para la expansión del mercado europeo en los años 800-1050 (es decir, todavía antes de la formación de los estados nacionales), está describiendo una situación única. Es por lo tanto imposible analizar dicha situación de manera teórica, mediante la comparación con otros casos en los que el Cristianismo desempeñó un papel similar. Sin embargo, el mismo Hall respalda su hipótesis de la importancia de la comunión cultural creada por el Cristianismo para el crecimiento económico, citando la declaración de Carl M. Cipolla: «Fue el sentido general de la honradez, fortalecido por la sensación de pertenecer a una comunidad integrada, además de la existencia de específicas previsiones legales, que hicieron posible la participación de todo tipo de personas con sus ahorros en el proceso productor. (J.A. Hall 1985: p.125). Cipolla establece una relación poco menos que general entre un sistema común de valores (sentido de la honradez) y la buena disposición de la gente para iniciar empresas económicas. Emil Durkheim — también mencionado por Hall — define esta relación en términos aún más generales en su tesis de que el consenso debe preceder al contrato. Sin embargo, sólo Douglas C. North logra una verdadera formulación teórica empleando las categorías de la escuela de derechos de propiedad. Habla de la importancia de la ideología (que adoctrina a los individuos con determinados valores) para la reducción de los costes de transacción, mediante la reducción de la incertidumbre en cuanto al comportamiento de la parte contratante, sin la cual la expansión del mercado es imposible (North 1981: esp. cap. 5).

Sobre la base del planteamiento más abstracto de North podemos formular el problema siguiente. Si aceptamos la idea de Hall según la cual el Cristianismo desempeñó un papel decisivo en la génesis del capitalismo (al crear el civismo, facilitó el desarrollo del comercio; al recalcar la importancia de la familia, aumentó la movilidad de tierras y gentes; al legitimar el poder monárquico de una manera específica, actuó contra el renacimiento de un imperio, etc.), «pero es demasiado fácil imaginar que las cosas hubieran podido ocurrir de otra manera» (J.A. Hall 1985b: p.142). Por lo tanto, si precisamente esta línea de evolución del Cristianismo y sus funciones sociales fue originada esencialmente por accidentes (es decir, si sólo fue un acontecimiento fortuito y no una necesidad histórica), entonces cabría preguntarnos si ningún otro sistema de creencias (no forzosamente de naturaleza religiosa) de la época pudiera haber desempeñado para la economía funciones sociales parecidas desde el punto de vista teórico. Por supuesto, este problema no puede resolverse con facilidad. Sólo quere-

mos indicar que un cambio en el nivel de análisis (de conceptualización) puede resultar en conclusiones empíricamente distintas.

Algunos acontecimientos y procesos históricos pueden ser fortuitos en el sentido de que no se pueden prever ni explicar (es decir, no se pueden predecir a partir del conocimiento de una etapa anterior del sistema bajo estudio) dentro de un marco teórico determinado. Sin embargo, cabe la posibilidad de que no sean fortuitos en el sentido de que pertenecen a una determinada clase de acontecimientos y procesos: mientras que la ocurrencia de acontecimientos y procesos concretos fue fortuito, el hecho de que se produjeron acontecimientos pertenecientes a una determinada clase no fue fortuito sino necesario (o, en versión más floja, altamente probable). El hecho de que se dan fluctuaciones, y procesos con resultados dudosos, no excluye la existencia de regularidades a largo plazo y a gran escala que han de ser descubiertas y descritas en otro nivel de abstracción teórica.

En el nivel de análisis en que operan los defensores del planteamiento del «milagro europeo», el capitalismo puede considerarse probablemente como el resultado de una conjunción fortuita de secuencias causales. Dejando a un lado la cuestión de la precisión empírica de determinadas hipótesis propuestas por algunos autores, se puede decir que, dentro del modelo de la realidad histórica generalmente aceptado por ellos, sus conclusiones son correctas. Puede preguntarse, sin embargo, por qué han adoptado este modelo y no otro. Creemos que se trata de una respuesta a la crítica de las teorías neoclásicas de mercado, y de numerosos estudios marxistas sobrecargados de supuestos teleológicos y tendencias fuertemente reduccionistas. El reducir la lógica interna de las relaciones políticas a los mecanismos que se identifican dentro del modo de producción es un procedimiento que también ha sido criticado por los propios marxistas (cfr. Roger S. Gottlieb 1984: esp. pp.3-4). Estamos dispuestos, por nuestra parte, a defender la posibilidad de construir una teoría global de los procesos históricos en la que se reconocería la existencia de al menos algunas regularidades evolutivas, aunque se rechazarían ciertas afirmaciones del paradigma evolucionista. Dicha teoría no descartaría el azar ni su importancia en la historia, pero nos permitiría distinguir de manera bastante precisa entre lo que dentro de las coyunturas «únicas» se determina estructuralmente, y lo que trasciende del ámbito de aplicación de una conceptualización concreta.

La afirmación de que algunos de los procesos y fenómenos que crearon las condiciones necesarias para la aparición y expansión de las relaciones capitalistas de producción fueron for-

tuitos, no tiene por que desembocar en la conclusión de que el crecimiento del capitalismo fue simplemente un acontecimiento histórico fortuito. La regularidad puede actuar mediante el azar; esta observación, repetida con frecuencia, no tiene nada de metafísico, y puede ilustrarse con numerosos ejemplos económicos y cibernéticos.

En su artículo «Necesidad y azar. Algunas observaciones sobre el origen de las interpretaciones teleológicas del progreso social», el investigador ruso Alejandro Cypko (1980) inicia su análisis con la observación de que «no ha sucedido nunca que un organismo social — como un organismo vivo independiente — llevase su desarrollo a través de las cinco fases de producción identificadas en la historia. (pág. 113). No obstante, la interpretación de la historia de las sociedades de acuerdo con el modelo de las cinco fases tiene todavía sus partidarios (p.ej. Barg 1970). Cypko señala la sustitución de la historia por la lógica como una de las razones epistemológicas de la interpretación teleológica de la teoría marxista del proceso histórico. Otra razón — según él — es una actitud mecanística respecto a la causalidad en los fenómenos sociales (págs. 120-121). Por el contrario, el proceso histórico debe tratarse en términos de «la dialéctica de la necesidad y del azar, de la posibilidad y de la realidad. (pág. 115). En relación con el tema de la génesis del feudalismo, Cypko escribe: «No hay ... pruebas documentales que sugieran una necesidad histórica ni una relación genética entre el modo de producción feudal, que existía en Europa 500 años después de la caída del imperio romano, y el sistema basado en la esclavitud que precedía a la invasión de las tribus bárbaras. Fue la evolución de una civilización totalmente distinta la que dio lugar al feudalismo* (pág. 120). «Al parecer, en el movimiento social dentro del proceso histórico no hay regularidades del tipo descrito por la mecánica, es decir las regularidades llamadas dinámicas, según las cuales un determinado estado inicial de un sistema sólo puede relacionarse con un único estado en el futuro. ... El análisis del progreso histórico, con todas sus retrocesos y saltos hacia adelante, respalda la afirmación de que el avance a través de una serie de formaciones se ajusta a regularidades más bien estadísticas que dinámicas» (pág. 130). Cypko concluye su artículo con una cita de la obra de W.J. Izrael «Problemas del análisis formal del desarrollo social (1975): «La serie de formaciones socio-económicas que caracterizan la historia de un organismo social particular depende completamente del número total de factores (tanto externos como internos) que determinan el desarrollo de la nación en cuestión. Este proceso complicado y lleno de contradicciones, que tiene lugar bajo una variedad de condiciones históricas y socio-económicas, no

se ajusta a modelos obligatorios ni a regularidades dinámicas. Su análisis debe basarse en el método definido por Lenin como el método de «análisis concreto de una situación concreta» (Cypko 1980: pp.130-131).

En este sentido, se puede decir que Holton y otros representantes del planteamiento del «milagro europeo* obran de acuerdo con la metodología de Lenin. El problema está en que el «análisis concreto de una situación concreta* es sólo una cara de la medalla; el revés es la tarea de descubrir las regularidades a las que está sometida dicha situación concreta.

Las opiniones de Cypko se aproximan mucho a la concepción del marxista norteamericano, Erik Olin Wright. Éste, en su extensa reseña del libro de Anthony Giddens Una crítica contemporánea del materialismo histórico, señala que si bien tenemos que secundar la crítica de Giddens en cuanto a las versiones teleológicas de las teorías evolucionistas, Giddens no tiene razón al afirmar que una teoría evolucionista ha de ser necesariamente teleológica (Wright 1983: p.25). Según Wright una teoría es evolucionista si cumple con tres condiciones:

- (1) La teoría supone una tipología de formas sociales que potencialmente tiene una cierta direccionalidad. Las teorías evolucionistas no se construyen en torno a simples taxonomías de sociedades, sino utilizando tipologías capaces de ordenarse de manera no arbitraria.
- (2) Es posible ordenar estas formas de sociedad de tal modo que la probabilidad de permanecer en el mismo nivel de la tipología es mayor que la de retroceder.
- (3) En esta tipología ordenada hay una probabilidad positiva de pasar de un determinado nivel de la tipología al próximo nivel superior. Esta probabilidad no tiene por que ser mayor que la de retroceder, pero una vez que se produce una subida, la probabilidad de permanencia es mayor que la de bajar de nuevo. Así, por muy floja que sea la tendencia al desarrollo, la tipología es «resistente a las bajadas». Esto implica que hay algún proceso, por muy flojo y esporádico que sea, que imparte una direccionalidad a los movimientos. (Wright, 1983: p.26).

Wright suplementa este esquema con las siguientes observaciones. Primero, no ha de entenderse que las sociedades tengan la necesidad, ni una tendencia impulsada teleológicamente a avanzar hacia alguna etapa final. El razonamiento teleológico es solamente una de las muchas maneras de interpretar las condiciones (2) y (3). En segundo lugar, esta definición de la teoría evolucionista no supone la existencia de una serie fija de etapas por las cuales han de pasar inexcusablemente todas las sociedades. En particular no se supone que sea igual a cero la probabilidad de que se salte una etapa. Únicamente se

LA APARICION DEL CAPITALISMO: ¿NECESIDAD O MILAGRO?

76 presupone la existencia de un impulso positivo hacia el progreso. En tercer lugar, no se desprende del esquema arriba mencionado que todas o aún la mayoría de las sociedades tengan que evolucionar. Los retrocesos no sólo son posibles, sino incluso —a veces— más probables que los avances. «Lo único que implican los criterios para la teoría evolucionista es que, dado el tiempo suficiente, algunas sociedades se desarrollarán de la manera indicada en la tipología evolucionista* (pág. 26). Siii embargo, aunque se supone la existencia de una lógica general detrás de tal tipología de etapas sociales, no se mantiene que los mecanismos que explican la transición entre niveles colindantes tengan que ser siempre los mismos a través de toda la tipología.

Pasemos ahora a la cuestión más importante y más difícil de la teoría evolucionista. Se trata de la identificación del proceso (la subestructura) que introduce la movilidad y la direccionalidad en la historia. No estamos seguros de si es correcta la respuesta de Wright; lo que sí es seguro es que no está lo suficientemente elaborada. Sin embargo, tiene el mérito de que, al estar formulada en un alto nivel de abstracción, se puede hacer de muchas maneras más específica.

Wright mantiene que para los marxistas solamente las relaciones de clase tienen una lógica interna de desarrollo que genera tendencias sistemáticas hacia la transformación de la estructura social. La trayectoria de estas transformaciones tiene una direccionalidad general debido a que las luchas de clase están relacionadas con la evolución de las fuerzas de producción (pág. 24). Hay cuatro razones para esto. Primero, no existen (en principio) grupos sociales interesados directamente en la reducción del nivel de productividad laboral. Segundo, en el caso de la destrucción de las fuerzas materiales de producción (los medios de producción) una sociedad puede reconstruir el nivel anterior de productividad laboral siempre que haya reteñido el conocimiento de las técnicas de producción. Tercero, como señalaron Marx y Engels en «La Ideología Alemana», una vez que se ha logrado un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productoras (sin que importe de qué forma se consiguió), se crea una serie de necesidades humanas cuya satisfacción depende de este mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productoras. Cuarto y último, puede alegarse la existencia de grupos interesados no sólo en impedir la disminución de la productividad laboral sino también en el crecimiento de dicha productividad (y por lo tanto en el desarrollo de las fuerzas de producción)(págs. 27-28).

Así que la concepción de Wright del principal impulsor es, al parecer, una versión diluida de la llamada ley del desarrollo progresivo de las fuerzas de producción. Esta ley ha sido criti-

cada en muchas ocasiones en la literatura marxista polaca, aunque entre las obras recientes hay algunas escritas por sus defensores. Las declaraciones de Wright son demasiado concisas para ser examinadas con mayor detalle. Observemos, sin embargo, que intenta combinar el nivel de las fuerzas productoras y el nivel de la lucha de clases, dos niveles independientes de la teoría, que —según Leszek Nowak— incluso Marx no supo integrar (Nowak 1981). Wright sitúa el principal impulsor en el punto de contacto entre los dos niveles. Su versión de la teoría de clases (Wright 1985) tendría que ser estudiado por separado para decidir si, sobre la base de sus supuestos, se podría llevar a cabo una investigación fructuosa en torno a la génesis del capitalismo.

Sin embargo, hemos mencionado la concepción de Wright por otras razones. Se observa que las condiciones propuestas por él, a las que debe ajustarse la teoría evolucionista del proceso histórico, no pasan de ser un simple bosquejo que se presta a un desarrollo más amplio, y en varias direcciones. El autor propone una ubicación general del principal impulsor, pero no menciona los nombres de ningunas formaciones sociales ni las ordena en serie. Tampoco tiene prisa por identificar las clases sociales. Probablemente se da cuenta de que, de las muchas versiones de la teoría de formaciones propuestas hasta ahora, ninguna ha podido sobrevivir al confrontamiento con el conocimiento histórico y teórico actual. En nuestra opinión, esto no se debió a la falta de precisión de las categorías de la teoría sino, al contrario, porque éstas no son lo suficientemente abstractas.

Aunque las categorías del materialismo histórico, así como las expresiones que las recogen, han sido formuladas con la ayuda de la abstracción (que sustituye —como dijo Marx— al microscopio y los reactivos químicos, inservibles para la sociología; Marx 1968: p.6), abarcan un campo bastante limitado de datos históricos empíricos (cfr. la información de Eric Hobsbawm sobre las lecturas históricas de Marx: Hobsbawm 1964). Cuando intentamos aplicar estas categorías en la exploración de campos nuevos, parece que no podemos captar la realidad, ya que sus mecanismos funcionan a un nivel todavía más profundo, fuera del alcance de las categorías marxistas. Por lo tanto, necesitamos, por una parte, categorías nuevas que sean más abstractas y más «penetrantes» en la estructura de la realidad social y, por otra, supuestos teóricos «debilitados» (en el sentido de la lógica) respecto a las posibles trayectorias de inter-formación. De aquí que la opción de Wright puede calificarse de evolucionismo debilitado.

Una línea de razonamiento similar puede hallarse en las obras de Jürgen Habermas. Señala que el uso del esquema que

consta de cinco modos de producción (o seis — si incluimos el modo de producción asiático) conduce a numerosas dificultades (Habermas 1975). Las interpretaciones de la teoría de formaciones que han pretendido evitar las dificultades llegan finalmente, de grado o por fuerza, a la conclusión, no siempre articulada, de que las categorías de determinadas formaciones debían funcionar, en la teoría de la evolución social, exclusivamente como generalizaciones históricas y no como categorías teóricas. La formación, como dice un historiador ruso, es «el principio de la movilidad de la historia universal, y sus características y regularidades fundamentales no tienen por qué manifestarse siempre en las historias de sociedades más pequeñas (Barg 1970: pp.253-54). De ser así, la génesis del capitalismo no puede tratarse como un proceso determinado por regularidades, ya que no se han dado suficientes ejemplos independientes de ella para respaldar una hipótesis sobre la regularidad del proceso. Por lo tanto, la defensa de la tesis sobre la naturaleza regular de la evolución de nuestra especie debe depender de categorías de otro tipo. Nos inclinamos a aceptar la tesis de Habermas de que «el concepto del modo de producción no es lo suficientemente abstracto para abarcar las proposiciones universales de niveles de desarrollo» (Habermas 1975: p.300; la idea contraria la defiende Laibman 1984). Sin embargo, no estamos convencidos de que las formas de integración social, sugeridas por Habermas puedan constituir una categoría universal en el dicho sentido, aunque no dudamos de la validez de la dirección básica de investigación elegida por el autor.

Solamente partiendo del nivel más alto de este esquema más abstracto del proceso histórico será posible realizar — mediante el desarrollo de conceptos y la construcción de varios tipos de modelos — estudios sobre las situaciones de distintos países en distintas épocas. Solamente partiendo del nivel más alto de este esquema será posible utilizar de manera crítica la producción de la sociología histórica, de la historia económica, o de la antropología cultural.

5. Un modelo abstracto del proceso histórico como medio de sintetizar perspectivas teóricas opuestas.

Alex Callinicos propone que la tesis de que el materialismo histórico se rechace cuando se enfrenta con datos históricos, sea considerada desde la perspectiva de la metodología de Imre Lakatos respecto a los programas de investigación científica. En el marco de esta metodología un programa de investigación científica consiste en un «núcleo» heurístico acompañado por los procedimientos de solucionar problemas, y un «cin-

turón protector. de hipótesis auxiliares que pueden ser revueltas o descalificadas por motivos empíricos. En el caso del marxismo los núcleos heurísticos son — según Callinicos — los conceptos y tesis fundamentales del materialismo histórico, mientras que los análisis de ciertos modos de producción, de formaciones sociales y de las combinaciones de ambos son las hipótesis auxiliares. Una de las tareas de estas hipótesis es explicar los fenómenos que parecen contradecir las tesis incluidas en el «núcleo». Las sociedades precapitalistas en las que la política parece estar por encima de la economía constituyen un ejemplo de tales fenómenos incómodos para el marxismo. Según Callinicos, Giddens —sin distinguir entre los diferentes niveles del programa de investigación científica— opina que la existencia misma de sociedades de este tipo es razón suficiente para el rechazo del materialismo histórico (Callinicos 1985: p.154; cfr. Laibman 1984: p.260).

Aunque coincidimos con Callinicos en que merece la pena contemplar la teoría marxista desde el punto de vista de la concepción de Lakatos, hemos de levantar algunos reparos al planteamiento resumido arriba. En primer lugar, no es evidente cuáles de las tesis y supuestos del materialismo histórico son fundamentales, ya que el «núcleo» del marxismo no ha sido articulado de manera adecuada por Marx y Engels ni por sus seguidores. Escribe Jerzy Topolski: «Es posible distinguir al menos tres niveles de abstracción en la teoría del materialismo histórico. El primero y más general no fue articulado de modo extenso por los fundadores del marxismo. Existe, sin embargo, la posibilidad de reconstruir este nivel sobre la base de las declaraciones directas de ambos fundadores y, más importante, a partir de su práctica de investigación. Además, parece que no sólo existe tal posibilidad de reconstrucción sino también que la reconstrucción es imprescindible para el entendimiento de todos los niveles de la teoría. (Topolski 1983: pp.210-211). En segundo lugar, no vayamos a creer —y en este punto probablemente no coincidimos con Topolski— que en relación con la tradición marxista, rica en la variedad de sus interpretaciones, se pueda hablar de un único verdadero «núcleo», el hueso filosófico marxista que basta encontrar para conocer la verdad. Después de todo, la reconstrucción en cuestión puede llevarse a cabo de varias maneras, y la naturaleza fundamental puede asignarse a distintas tesis sobre el materialismo histórico. La validez de una reconstrucción puede demostrarse solamente en términos de lo fructuosa de la investigación a la que da lugar.

Sin embargo, una de las características de la tan necesaria reconstrucción hoy ya nos parece evidente: ha de formularse en un nivel de abstracción muy superior al de las anteriores

interpretaciones de la teoría de formaciones y modos de producción, o de los planteamientos de la historia económica no marxista. Habermas fue probablemente uno de los primeros en iniciar la tarea de reconstruir el materialismo histórico en su forma avanzada y en darle publicidad (Habermas 1975). En Polonia esta tarea ya había conocido unas realizaciones preliminares, emprendidas con independencia de las inspiraciones de Habermas, y en la mayoría de los casos — hecho interesante y digno de mención — se ha realizado sin una formulación manifiesta del postulado de reconstrucción. Entre dichas realizaciones podemos distinguir tres tendencias predominantes e independientes: la primera incluye las obras de Jerzy Kmita, Jerzy Topolski, y sus colaboradores; la segunda comprende la producción de Stanisław Kozyr-Kowalski y Jacek Tittenbrun (véase Tittenbrun 1986), mientras que la tercera consiste en la interpretación adaptativa — hoy probablemente caduca — del materialismo histórico, presentada por Leszek Nowak y sus discípulos (véase p.ej. Buczkowski y otros, ed. 1981).

Entre las teorías económicas no marxistas, las concepciones propuestas muy especialmente por Douglas C. North — uno de los representantes más destacados de la ya mencionada Nueva Historia Económica de los Estados Unidos — pueden considerarse como un paso interesante hacia la construcción de un modelo nuevo y más abstracto de la realidad histórica (North 1981). Holton, que se ocupa de las concepciones de North en su libro, parece no darse cuenta de la importancia del papel desempeñado por la teoría de los derechos de propiedad en los análisis de éste. También debemos hacer mención de las obras de Armand Alchian, Harold Demsetz, Steve Pejovich y otros, por sujetar a un análisis histórico la economía neoclásica, ya de por sí abstracta. Además, vamos a adelantar aquí cierta intuición no comprobada: la teoría de los derechos de propiedad, que posibilita el estudio de las relaciones de producción de manera mucho más operativa de lo que hasta ahora han podido lograr los marxistas, podría convertirse en un tipo de eje para la propuesta reconstrucción abstracta del materialismo histórico. Dicha reconstrucción debe ser, a la vez, una síntesis parcial de las tradiciones marxistas, weberianas y smithianas, hasta ahora opuestas (o sólo enfrentadas). Al final de su obra teórica e histórica *The Rise of the Western World* («El Crecimiento del Mundo Occidental»), North y Robert P. Thomas escriben: «Hay poco nuevo en estas conclusiones. Tanto Karl Marx como Adam Smith eran de la misma opinión; ambos consideraban que el éxito en el crecimiento dependía del desarrollo de eficaces derechos de propiedad. Sus seguidores por lo general parecen haberlo olvidado. (North, Thomas 1973: p.157).

Nuestra intuición en cuanto a la posibilidad de coonstruir un modelo global del proceso histórico que integre las distintas tradiciones teóricas, está respaldada por obras que contienen observaciones contrarias a la opinión (hace algún tiempo bastante difundida en Occidente) de que las concepciones de Marx y Weber de la génesis y desarrollo del capitalismo son esencialmente opuestas. En su libro Holton hizo referencia a las obras de N. Birnbaum (1952), Giddens (1970), y B. Turner (1981) en los que los autores mantienen que las conceptualizaciones de Marx y Weber deben considerarse complementarias. En Polonia la tesis de la complementariedad fue propuesta por Anna Palubicka, quien señaló que la función determinante de la cultura había sido «aparentemente infravalorada por Karl Marx. Es probable que esto se debiera, al menos, a dos razones. Por una parte, Marx desarrolló primero su descubrimiento crucial de los determinantes funcionales y extraculturales del desarrollo de las sociedades ..., y por otra su actitud respecto a estas concepciones estaba marcada por la visión mundial científica, tratándolas como reflejos de la «conciencia falsa» (ideología) que de hecho afecta al desarrollo social pero que tarde o temprano desaparecerá bajo la influencia de la ciencia. (Palubicka 1984: 26).

¿Es posible evitar el eclecticismo en la propuesta integración de distintos planteamientos teóricos? Creemos que sí, siempre que se haga la síntesis necesaria desde la perspectiva de un metanivel específico — el del esquema abstracto del proceso histórico. Observemos que Palubicka justifica su tesis sobre la complementariedad de las concepciones de Marx y Weber basándose en la teoría de Kmita sobre la cultura. Esta teoría es altamente abstracta y depende de una interpretación no menos abstracta de las tesis fundamentales — en la opinión del autor — del materialismo histórico (Kmita 1982). Otra defensa de la viabilidad de tal síntesis no ecléctica puede encontrarse en un trabajo de Friedrich Rapp. Este analizó varias concepciones que explicaban la revolución industrial. Uno de los resultados de su análisis es la tesis de que «distintas explicaciones se contradicen solamente cuando, en el mismo nivel de abstracción, con referencia a los mismos mecanismos causales del mismo factor, y presuponiendo las mismas premisas explicativas, ofrecen hipótesis mutuamente exclusivas en respuesta a la misma pregunta.» (Rapp 1982: p.345). Sin embargo, para darnos cuenta de tal compatibilidad tenemos que poseer un metanivel para el análisis — el cual en nuestro caso es el modelo global del proceso histórico propuesto.

Evidentemente, puede plantearse la cuestión de los límites de una integración potencial de distintas concepciones teóricas, ya que no es posible combinarlas todas. Vamos a intentar

definir estos límites de la manera siguiente. Todas las generalizaciones históricas o sociológicas, especialmente las que tienen una envergadura más amplia, están relacionadas con una determinada perspectiva ideológica — aunque se especifique sólo vagamente — es decir, con la actitud del investigador respecto al mundo en el que vive. Conscientemente o no, busca una clave a la propagación o eliminación de un determinado tipo de orden social. Cualquier teoría social tiene siempre alguna utopía en el fondo. Parece, por lo tanto, que estas premisas o consecuencias ideológicas, derivadas de distintos supuestos teóricos tácitamente aceptadas (y que no deben confundirse con las declaradas verbalmente), limitan ellas mismas la posibilidad de la síntesis de distintas tendencias teóricas. Vamos a añadir que a la luz de un esquema altamente abstracto del proceso histórico, determinadas implicaciones ideológicas de las concepciones existentes — hasta ahora consideradas cruciales — quizá resulten poco significativas, mientras que otras sólo entonces podrán ser reconocidas. Es posible que se descubra, por ejemplo, que las filosofías liberal y marxista de la historia, tradicionalmente opuestas, se basen igualmente en las ideas de la Ilustración sobre el progreso. Mientras que la concepción de los derechos de propiedad asociados a la teona económica de Chicago puede armonizarse bastante bien con la teoría crítica de Francfort, al recalcar la naturaleza histórica de determinados tipos de relaciones de propiedad.

De momento, sin embargo, el esquema abstracto que se postula aquí no pasa de ser un mero proyecto. Por ello, la solución del problema expresado en el título de este ensayo pertenece al futuro. Hoy por hoy, nuestra sugerencia es que la serie única de coincidencias que dieron lugar a la aparición del capitalismo no fue más que la manifestación de una tendencia más profunda (inaccesible para la experiencia social cotidiana) de las poblaciones humanas de desarrollarse en una dirección más o menos (p.ej. estadísticamente) predeterminada.

Agradecimientos

Damos las gracias a nuestros colegas del Grupo de Investigación Interdisciplinaria de Transformaciones Sociales y Macroprocesos, de la Universidad Nicolas Copernico, Torun, por sus amables sugerencias, y a Slawomir Magala por un comentario escrito sobre una versión anterior del artículo.

Traducido al inglés por Monika Pawlowska.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, P. (1974a) *Lineages of the Absolutist State*, Londres, NLB.
- ANDERSON, P. (1974b) *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, NLB.
- BARG M.A. (1970) *Ocerki metodologii poznania socjalnych javlenij* (Bosquejo de una metodología para la cognición de los fenómenos sociales), Moscú.
- BAECHLER J. (1971) *Les Origines du capitalisme*, Edición Gallimard, París.
- BUCZKOWSKI, O., KLAWITER, A. y NOWAK L. (ed. 1981) *Social Classes, Action and Historical Materialism*, Poznan Studies in the Philosophy of Sciences and Humanities, vol. 6.
- CALLINICOS, A. (1985) «Anthony Giddens. A Contemporary Critique», *Theory and Society*, 14, pp.133-166.
- CHIROT, D. (1985) «The Rise of the West», *American Sociological Review*, 50 (no. 2), pp.182-195.
- CYPKO, A. (1980) «Koniecznosc i przypadek w historii» («Necesidad y azar en la historia»), *Studia Filozoficzne*, 1, pp. 113-131.
- GIDDENS, A. (1981) *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 1: «Power, property and the state», Macmillan, Londres.
- GOTTLIEB, R.S. (1984) «Feudalism and Historical Materialism: a Critique and a Synthesis», *Science and Society*, XLVII (no. 1), pp.1-37.
- HABERMAS, J. (1975) «Towards a Reconstruction of Historical Materialism», *Theory and Society*, 2, pp.287-300.
- HALL, J.A. (1985a) «Capstones and Organisms: Political Forms and the Triumph of Capitalism», *Sociology*, 19 (no. 2), pp. 173-192.
- (1985b) *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*, B. Blackwell, Oxford.
- (1986) «Feudalism and Capitalism: Transition or Recomposition? A Theoretical Discussion», manuscrito inédito.
- HOBSBAWM, E.J. (1964) «Introduction», en K. MARX, *Pre-Capitalist Economic Formations*, Lawrence and Wishart, Londres.
- HOLTON, R.J. (1985) *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Macmillan, Londres.
- (1986) *Cities, Capitalism and Civilization*, Allen and Unwin, Londres.
- IZRAITIEL, W.I. (1975) *Problemy formalnego analiza obs-*

LA APARICION DEL CAPITALISMO: ¿NECESIDAD O MILAGRO?

- zcestwiennogo razwitija («Problemas en el análisis formal del desarrollo social»), Gorki.
- JONES, E.L. (1981) **The European Miracle: Environments, Economics, and Geopolitics in the History of Europe and Asia**, CUP, Cambridge.
- KMITA, J. (1976) **Szkice z teorii poznania naukowego** (*Ensayos sobre la teoría del conocimiento científico*), Varsovia.
- (1982) O kulturze symbolicznej («Sobre la cultura simbólica»), Varsovia.
- (1984) «Kultura a 'obiektywne stosunki społeczno-ekonomiczne'» («La cultura y 'las relaciones socio-económicas objetivas'»), *Studia Filozoficzne*, 4, pp.93-102.
- KOZYR-KOWALSKI, S. y LADOSZ, J. (1974) **Dialektyka a społeczeństwo. Wstęp do materializmu historycznego** («Dialéctica y sociedad. Una introducción al materialismo histórico»), Varsovia.
- LAIBMAN, D. (1984) «Modes of Production and Theories of Transition*, *Science and Society*, XLVIII (no. 3), pp. 257-294.
- MANN, M. (1986) **The Sources of Social Power**, vol. 1: «A history of power from the beginning to A.D. 1760», CUP, Cambridge.
- MARX, K. (1968) Kapital, t.I, en: K. MARX y F. ENGELS, *Dziela* («Obras»), t.23, Varsovia.
- NORTH, D.C. (1981) **Structure and Change in Economic History**, W.W. Norton and Co, Nueva York.
- y THOMAS, R.P. (1973) **The Rise of the Western World, A New Economic History**, CUP, Cambridge.
- NOWAK, L. (1981) «Adaptation and Revolution*, en BUCZKOWSKI, P. et al., pp.346-380.
- PALUBICKA, A. (1984) **Przedteoretyczne postaci historyzmu** («Formas pre-teóricas del historicismo»), Varsovia.
- POMORSKI, J. (1985) **Paradygmat 'New Economic History'** (*El paradigma de la 'New Economic History'»), wyd. UMCS, Lublin.
- RAPP, F. (1982) «Structural Models in Historical Writing: the Determinants of Technological Development During the Industrial Revolution», *History and Theory*, XXI (no. 3), pp.327-346.
- SOMBART, W. (1913) **Zydzi a życie gospodarcze** («Los judíos y la vida económica*), Varsovia.
- TITTENBRUN, J. (1986) **Wprowadzenie do materialistycznej historycznej teorii społeczeństw** (*Unaintroducción a la teoría histórico-materialista de las sociedades*), wyd. Kolegium Otryckie, Varsovia.
- TOPOLSKI, J. (1965) **Narodziny kapitalizmu w Europie XIV-XVII wieku**, Varsovia. [Traducción italiana: *La nascita del capitalismo in Europa*, Torino, 1976].
- (1983) **Teoria wiedzy historycznej** (*Una teoría del conocimiento histórico*), Poznan.
- WRIGHT, E.O. (1983) «Giddens's Critique of Marxism», *New Left Review*, 138, pp.11-35.
- (1985) **Classes**, Verso, Londres.